

L A POESÍA DE LEÓN GUILLERMO GUTIÉRREZ

Ana María Jaramillo



Ana María Jaramillo (Pereira, Colombia) es licenciada en economía por la Universidad de los Andes. Ha publicado diversos artículos y libros, entre los cuales destaca *La luciérnaga extraviada*, su obra poética más reciente.

Todo tiro al aire reposa finalmente en la tierra, y mientras, la tierra sigue su ritmo, no se detiene ante el dolor ni la soledad, no queda más que mirarse a sí mismo y precipitarse en el abismo de la soledad, al sonido de eco y a la imagen de su sombra.

Como aire nos recuerda que somos polvo y volveremos a serlo, y del poema sólo aspira a recuperar el sonido del silencio, el alba que no aclara, la sombra sobre la palabra.

Como fuego traicionado por los dioses, la sangre nubla los destellos de luz, soledad compartida en el deseo,

despojados de su paraíso y con un fuego que es agua, mar oscuro, infinito, donde queda el pabilo como rostro de un fuego que quema.

Como agua es luz y como luz es fuego, búsqueda de la sombra y el autoperdón reflejos de sí sobre los otros, expiación de la pasión.

Como tierra el caminante desanda sus pasos hacia sí, hacia el ayer, a la infancia, al *saudade*: nostalgia celebratoria, el seno materno, solo, libre de ataduras materiales sin pertenecer a nada ni a nadie, vuelto agua para regar la tierra.

En *Evangelios de la tierra* el poeta sabe que en buena medida todo poema, para serlo, tiene algo de eco, la sombra de su voz. Por eso lo dicho retumba en la garganta y ésta es considerada como un barranco —es decir: un precipicio— y nos habla de lo que el escritor busca en su vocación. La palabra barranco lleva implícita una violencia que el poema contiene en su forma, pero contiene a la vez como un vaso contiene el agua y una camisa de fuerza contiene al alienado.

En el barranco hay un vértigo, una

tendencia a la caída. En él se rompe la voz. El poeta busca ambas cosas, decir y dar forma a lo dicho. En *Evangelios de la tierra* hay un lento deslizarse de las referencias simbólicas hacia una referencia más cristiana, más vivida, más sencilla, sin que esto signifique simpleza.

Así ocurre en varios libros anteriores de León Guillermo Gutiérrez, ya que el sentido de lo que escribe es narrar, relatar, describir la experiencia en unos términos reconocibles gracias a la retórica. Poesía que reflexiona sobre lo

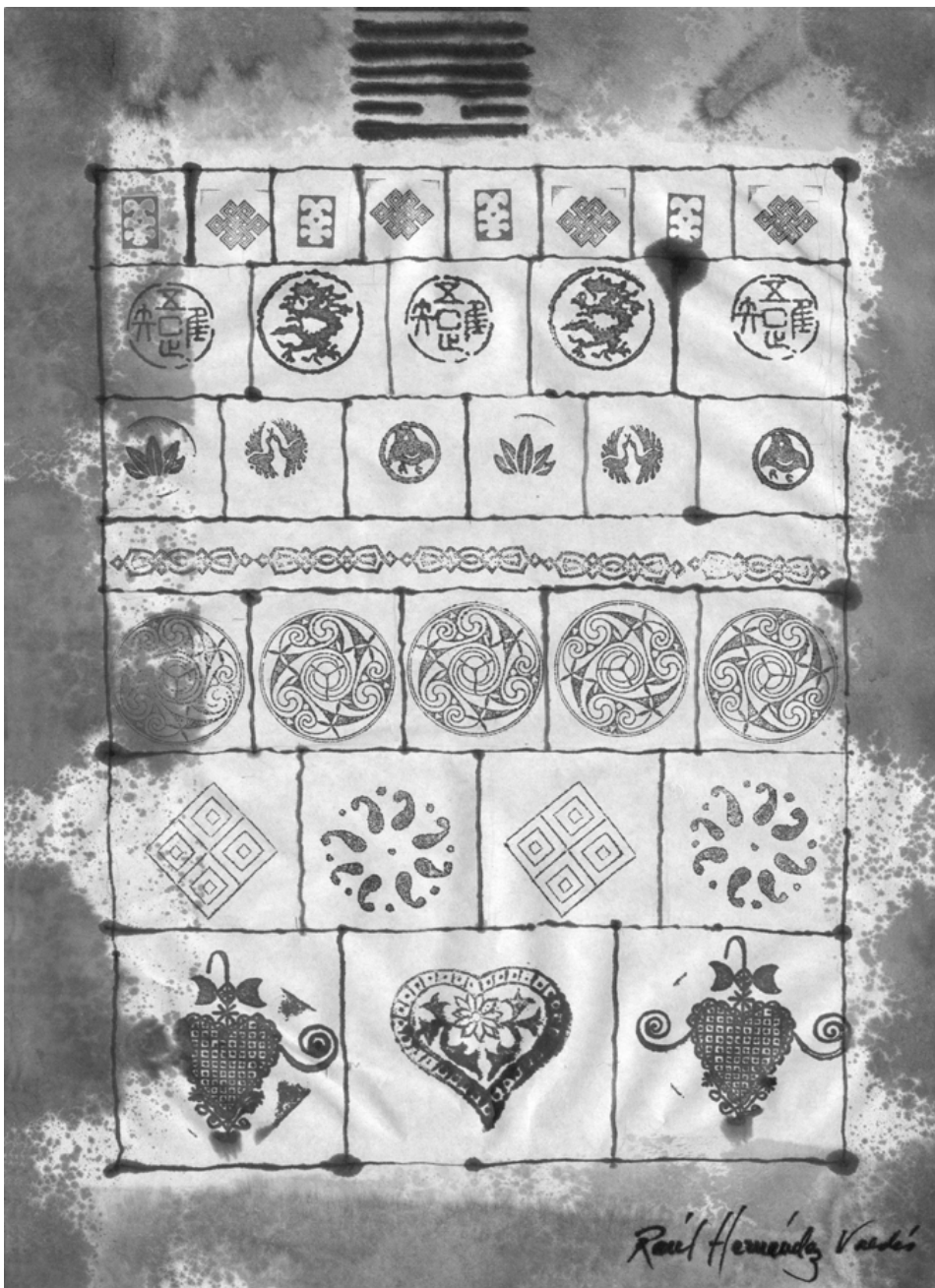
que vive, que sabe lo que vive y cómo decirlo, que no se ve enfrentada a esa impotencia de la garganta que se desgarrar; su gramática tiene que ver más con la piedra que con el agua, su sintaxis tiene entonces algo de pétreo, escrito con cincel y no con pluma. Y suele suceder que relacionemos al poeta a un catolicismo laico, más vinculado con la experiencia de su tradición y su simbolismo, que con su mística.

A la rotundidad de sus anteriores textos corresponde esta necesidad de lo alado en *No mueras esta noche*, en busca de la gracia de textos cantarines, casi infantiles, pero de una transparencia admirable y sin renunciar a la tensión que les da origen como textos. Hay aquí una clara necesidad de riesgo en el poeta para volver más sutil su voz, esa que tal vez ya no se rompe en la barranca sino en la cascada, también caída (incluso más vertical), pero fresca, retórica, que juega en su cauce.

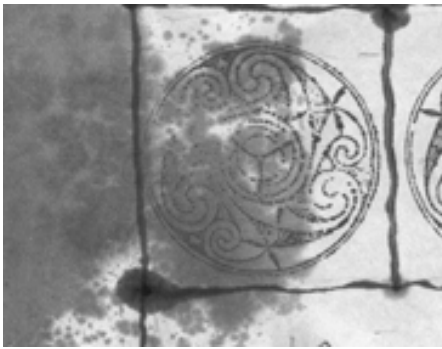
El tono es, desde luego, distinto. En cierta manera menos ambicioso, en busca de un timbre menor, infantil, de villancico o de ronda, menos rotundo, pero tal vez no menos profundo. Responder a esto último sólo puede hacerse explicando el paso personal que representa el libro como una deliberada distancia ante la retórica anterior. En uno de sus mejores poemas, "El camino", el autor señala:

Siempre estoy por llegar
a la estación del tren,
al embarcadero,
a la montura del caballo.

Brillante manera de mostrar esa nostalgia invertida, en la que es el futuro



lo que añora, eso que aún no ha llegado y que es pura inminencia. Algo que se podría calificar de provinciano, pero cargando a esta palabra de un sentido positivo, no peyorativo, en la que se lleva con uno la calma y la exigencia lopez-velardiana. Por eso hay, también, un proceso de introspección subrayado. En el ya mencionado libro *Evangelios de la tierra* el autor se fijaba de manera constante en el exterior, Madrid o Nueva York, Ámsterdam o San Francisco, para expresar su asombro como el propio de un niño. Aquí



dece-so no ocurra: no morirá —ella o la experiencia— esta noche, porque permanecerá mientras sea objeto del poema.

El modelo de toda poesía en la que la experiencia erótica toma su expresión de la mística está en el *Cantar de los cantares*, pero es probable que el proceso de escritura haya sido al contrario, primero la experiencia carnal y después la iluminación divina. Lo contrario es la apariencia que el poeta le da al texto para sus lectores: *No mueras esta noche* sigue teniendo entonces

ese aspecto en el cual el escritor prioriza a la forma, la pone por delante. El aprendizaje de que la forma es un asunto interior tarda mucho en aprenderse o en confluír a la escritura.

El poeta busca un rompecabezas de múltiples formas sin modelo, en el cual las piezas-poema se mezclan gracias al azar y convidados por la necesidad. Cada lector hará de uno u otro texto su elegido, como el propio escritor al reordenar los elementos dentro de la sucesión de páginas. Al fin y al cabo la concepción que tiene del poema responde más al salmo o al conjuro que a la elegía. No hay nostalgia, aunque recurra a la evocación; no hay lamento, aunque pueda haber dolor. Lo que sí hay es celebración, sobre todo del deseo. •



el asombro sigue existiendo, pero es de otro tipo, menos decorativo, menos turístico.

Esta más asombrado de sí mismo que del paisaje, ese es un buen paso para encontrar el tono del que se hablaba al principio de estas notas: esa precisión de la garganta. Por eso el sentido “extros-pectivo” del poema busca un movimiento contrario. *No mueras esta noche* es un libro distinto a los anteriores, más concentrado, más transparente, y con la evidente intención escénica de dividir el texto en tres actos: la pasión, la despedida y la inconformidad ante la pérdida inminente. León Guillermo busca entonces no un canto asombrado sino un canto enamorado, pasa del pasmo a la seducción, establece un paso dialéctico entre ambas cosas. El poema garantiza, en su dicción, en su decirse, que el

